

LO TRANSCENDENTAL EN UNA JARRA Y UN CUADRO

Isabel Aísa. Universidad de Sevilla

Resumen: Filosofía y trascendentalidad, trascendentalidad y cercanía. Interpretación de la cercanía trascendental en un texto de Martín Heidegger y en un cuadro de Kasimir Malevich.

Abstract : Philosophy and transcendentality, transcendentality and nearness. Interpretation of the transcendental nearness in a text of Martín Heidegger and a painting of Kasimir Malevich.

Con «una jarra», me refiero a la jarra protagonista del artículo: «*La cosa*», de Martín Heidegger; con «un cuadro», a «*Cuadrado blanco sobre fondo blanco*», de Kasimir Malevich, pintor ruso que inicia el movimiento denominado: «Suprematismo». «Lo trascendental» es, como mínimo, uno de los temas propios de la Filosofía; se entienda como se entienda e independientemente de su mayor, menor o nula actualidad.

En aquella jarra y en este cuadro puede aprenderse la trascendentalidad; una y otro pueden aprenderse trascendentalmente, es decir, filosóficamente, ya que la Filosofía es de este mundo y de lo mundano. El mundo es todo lo que necesita la Filosofía, además de un mirar, pensar o decir propio, sólo de ella. La Filosofía no crea lo que mira, sino que hace manifiestas realidades que sólo están presentes en ese mirar propio, que la constituye.

I

Trascendental es lo que trasciende; trasciende los contenidos, porque no es un contenido, pero los trasciende en ellos; trasciende las diferencias, porque es constitutiva apertura, pero es apertura acogiendo las diferencias. Como el cañamazo, trama y urdimbre, que sostiene desapareciendo del primer plano. En el mito, antes del origen de la Filosofía, los dioses eran lo trascendente. Ellos dictaban las verdades radicales a los poetas inspirados. Las verdades, como ellos, eran trascendentes, y los poetas eran los maestros de esas verdades, dictadas por las Musas, hijas de Zeus, según Hesíodo. La Filosofía nace de la crítica del mito, de la confianza en la razón humana y de la observación del universo o naturaleza desde su unidad, coherencia y estabilidad, como razón de la pluralidad, dispersión y cambio, sensiblemente aprendidos. Es así como la Filosofía, crítica, humana y trascendental, nace en Grecia; sin embargo, el pasado mítico nunca ya le será

ajeno del todo. En el enfoque transcendental de la razón filosófica, enfoque consistente en explicar las diferencias, la dispersión, el cambio, desde un principio o principios últimos, está presente, en cierto modo, el empeño mítico de una explicación definitiva.

El ápeiron de Anaximandro, la vía de la verdad de Parménides, el bien de Platón, el ente de Aristóteles, por ejemplo, protagonizan el discurrir de la mirada filosófico–transcendental. La estructuración de los transcendentales en Tomás de Aquino significa un hito filosófico indudable, si bien lo teológico, y no únicamente lo filosófico, manda en ella. El giro hacia el sujeto, a partir de la Modernidad, afectó a lo transcendental; en Kant, por ejemplo, transcendentales son las formas *a priori* de la subjetividad en su referencia a la experiencia, o al objeto de conocimiento. Con todo, en el transcendental kantiano están la formalidad, apertura, universalidad y estabilidad características, aunque giradas hacia el sujeto, como dijimos. El filósofo Xavier Zubiri, influenciado a la vez por la tradición escolástica y por Heidegger, ha corregido la mirada teológica y subjetiva en el tratamiento de los transcendentales; éstos ya no se convierten entre sí, como en Tomás de Aquino, sino que la realidad es lo primero y por sí mismo transcendental. La verdad, por ejemplo, requiere un acto aprensivo para constituirse, acto que no es constitutivo de la realidad, entendida por Zubiri como la formalidad autónoma o «de suyo», anterior a la aprensión y fundamento último de ella.

Fueron los griegos los que se preguntaron por el «más allá» de lo físico, por su principio. Al hacerlo, fundaron de una vez por todas esa disciplina, ya no mítica, que es la Filosofía; la Filosofía como investigación humana de lo transcendental. La Filosofía es una posibilidad; se realizó en un tiempo y lugar determinados, y acaso no pueda asegurarse que existirá ya siempre. Pero mientras exista, será lo que fue desde su fundación: el humano intento de una explicación última. Las diferencias filosóficas, en tanto que «filosóficas», han de verse inscritas en ese idéntico afán. Más que avanzar, la Filosofía retrocede e insiste: insiste en el transcendental —llámesele ser, realidad, verdad o bien—, retrocede desde el principio a lo más principal. De ahí que la Filosofía ni progrese ni envejezca.

Hay ultimidades, principialidades o radicalidades no transcendentales. Son las talitativas, carentes de la amplitud o apertura transcendentales, debido a su acotamiento o clausura. La Filosofía no se queda en ellas, sino que retrocede desde lo talitativo a lo transcendental, como última ultimidad, primera principialidad o radical radicalidad. En ese retroceso está su grandeza y su miseria, a una. La hondura filosófica se cobra en moneda de abstracción descarnada, de manera que el decir filosófico es como un no–decir, el pensar filosófico, como un pensar–nada y la mirada filosófica como un mirar–vacío. Atractivo de ascetas, la Filosofía apenas se hace notar, y en contraste con el protagonismo de las talidades, tienta la pregunta: ¿Para qué filosofar?. Pregunta–tentación, porque es una mala pregunta; no es sólo ni sobre todo cuestión de subjetivo empeño, sino de lo que hay e incita a la investigación filosófica.

II

Una humilde jarra de barro da que pensar, es decir, da que filosofar, según ha mostrado Martín Heidegger en su escrito: «*La cosa*». La jarra es una cosa y las cosas están cercanas a nosotros; esto que parece obvio, no lo es en absoluto, pues no es fácil determinar lo cósmico ni la cercanía mismas. La jarra, cosa y cercana, puede facilitarnos esa determinación, si nos demoramos en ella, en una demora que «de vueltas» a ese útil-jarra; es decir, que la piense.

La ciencia y la técnica se han ocupado insistentemente de eliminar distancias: el teléfono, el avión, la radio, el cine, la televisión, internet, son ejemplos al respecto. Parecería que esa supresión de distancias ha traído con ella la cercanía, pero no ha sido así. La apenas distancia en el tiempo y en el espacio no implican cercanía, como tampoco una gran distancia espacio-temporal implica ausencia de cercanía. La ciencia y la técnica no se ocupan de esa cercanía independiente; sin embargo, la cercanía sí es de la incumbencia del existente humano. Y lo mismo ocurre con las cosas en tanto que cosas.

Para determinar qué es la jarra, podemos recurrir a nuestra representación de ella o a nuestro producirla; el inconveniente es que, en ambos casos, la jarra no se determinará desde ella misma, sino desde el exterior —representativo o productivo—, con lo cual la jarra seguirá inabordada. De otra manera, la jarra como objeto representado o como objeto producido no es la jarra en su verdadero origen. De ahí que esas maneras de considerarla hayan de ser radicalizadas para acceder a la jarra en su raíz; esa raíz «alimenta», precisamente, su representación y producción.

La jarra como cosa cercana es la que habitualmente llenamos y asimos para verter u obsequiar su contenido. Para llenarla, ha de ser capaz de acoger lo que la llena; es decir, ha de ser receptora. La jarra es un recipiente. Como recipiente que acoge, ella es, más que paredes o fondo, vacío. La jarra es «*vacío que acoge*»; un vacío irrepresentable e imposible de producir. Lo representado deja atrás el vacío, la producción produce «para», «hacia» y «a partir» del vacío. El alfarero, afirma Heidegger, «*moldea el vacío*». En ese vacío radica lo cósmico de la jarra.

Cosa no es origen material, sino origen transcendental; no es un «de qué», sino un «en qué». La ciencia no se interesa por lo cósmico; su interés se ciñe a los objetos, y la cosa no es un objeto. La ciencia no deja entrar en sus dominios nada que no sea un real o posible objeto. Sin embargo, los no-objetos salen a nuestro encuentro, obligándonos a pensar; al objeto se le domina, el no-objeto domina. Es así como vencer distancias espacio-temporales no es ya conquistar la cercanía independiente. La jarra como cosa cercana no es del dominio de la ciencia, sino que domina nuestra cotidiana existencia; incluso la del científico. Pensarla en su independencia es el reto del filosofar.

La jarra es vacío que acoge; en ello estriba su cosidad. Además, en tanto que cosa, ella está cercana. Mediante la jarra queremos determinar, no sólo la cosidad, sino también la cercanía. Pues bien, la jarra que acoge, tomando y reteniendo,

vierte su contenido en un escanciar obsequiante, de forma que acoger y obsequiar constituyen una intrínseca unidad: la jarra acoge para escanciar y en el escanciar está lo acogido. Unidad son también tierra y cielo, los mortales y los divinos, permaneciendo, a una, en el escanciar obsequiante de lo acogido, permaneciendo en la esencia de la jarra, que es, precisamente, ese escanciar unitario. En el vino o en el agua, que la jarra toma y retiene, están los nutrientes de la tierra, que alimentaron las cepas, está el manantial terreno, el sol y la lluvia celestes, que también nutrieron a la cepa y a la fuente, están los hombres, que con el agua calman su sed, que con el vino celebran sus ocios, están los divinos cuando la bebida es para la consagración, es ofrenda consagrada. La jarra como cosa, en su con-llevar acogiente y obsequiante, con-lleva, a una, tierra y cielo, mortales y divinos, que en ella permanecen unidos. La jarra como cosa es unidad que reúne, cosa que hace cosa: «*La cosa hace cosa*», dice Heidegger.

En la cosa que es la jarra están la tierra y el cielo, los mortales y los divinos; cada uno a su modo, pero a una y unidos. Están en la cosa antes de estar en una conciencia. Están como cosa, porque la cosa hace cosa, porque cosa no es sólo la jarra, sino la fuente, el sol, el alma, Dios mismo; cada uno a su modo. La cosa los acerca, los acerca en sus lejanías; dejándoles su lejanía es como la cosa los acerca. Cercana es la cosa porque acerca; la cosa acoge cosa, tomando y reteniendo, y escancia cosidad, acercando lo lejano, que reverbera en ella y con ella. La cosa no es excluyente, sino comunicante, no es cerrazón, sino apertura. La cercanía está en el acercar propio de la cosa, y precisamente como verdadera cercanía pasa desapercibida. Ocupados en suprimir las distancias objetivas, pasamos por alto las cosas y la cercanía inobjetivas, que son, justamente, el suelo de aquella supresión objetiva. Ahora bien, no se trata únicamente de que los existentes tengamos poca vista, sino de que la cosa en tanto cosa y la cercanía en tanto cercanía carecen de notoriedad o resalte. «*Modestas y de poca monta*» dice Heidegger que son las cosas. Pensar lo que se sustrae a la notoriedad es el reto del filósofo.

Tierra, cielo, mortales y divinos constituyen una unidad: «*Cuaternidad*», la denomina Heidegger. La Cuaternidad es el mundo. Mundo es la tierra reverberando en ella los otros tres momentos de la Cuaternidad, mundo es el cielo reverberando en él los otros tres momentos de la Cuaternidad, mundo son los mortales reverberando en ellos los otros tres, y también los divinos. Cada uno reclamando a los otros, los otros estando en cada uno, todos en simplicidad unitaria, en comunicación y apertura. El mundo hace mundo; no hay origen más hondo ni más alto que este hacer mundo el mundo, de manera que todos los otros orígenes, fundamentos o causas tienen a aquél como raíz nutricia. Mundo es la unidad primaria de los Cuatro. Unidad que no se añade, ni a modo de reversible síntesis, ni a modo de violento anillo. Mundo es el dócil y fácil anillo en la unidad abierta y comunicativa, en la cual cada momento es suyo y, a una, de los restantes.

En el mundo, como último origen, como última raíz, acontece el hacer cosa de la cosa. En la cosa está la Cuaternidad, haciendo mundo de la cosa. La cosa acerca el mundo. Pensando la cosa como cosa existimos la cercanía. Pensar es el reto del

filosofar. Filosofar es una posibilidad finita de los finitos mortales. Mortales son los capaces de morir. Sólo los hombres son mortales, sólo ellos son capaces de muerte. Y la muerte es, dice Heidegger, «*el cofre de la nada*». En ese cofre está el ser, que es nada de ente, nada de objeto, nada de lo-que-es. Los mortales acogen el ser como ser. Ser es la cosa, ser es el mundo, ser es un origen transcendental, y al ser y a lo transcendental se dedica la investigación filosófica.

III

No conozco cuadro más vacío que «*Cuadrado blanco sobre fondo blanco*», obra de Kasimir Malevich, fechada en 1918 y depositada en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. En él, sólo un color —el blanco—, que es, en realidad, un no-color, y una forma geométrica —un cuadrado inclinado—, construida en el fondo sin color y en el mismo no-color. Figura sin modelo natural, abstracta; en realidad, figura no-figurativa: pura forma. Tal y como procede en un arte nacido a principios del siglo XX: la abstracción.

El arte abstracto nace de una mirada nueva al mundo y, por consiguiente, a la naturaleza. No es que sea anti-natural, sino que la naturaleza se ofrece otra a esa otra mirada. La abstracción deja fuera todo lo que estima prescindible y toma lo esencial en su autonomía. Consigue así una independencia, nunca antes lograda. La pintura abstracta es el lenguaje innovador en el que se expresa la misma realidad de otra manera. Pintura no objetiva, rechaza el carácter representativo, la perspectiva y el volumen, a favor del color y la línea, como mínimos elementos capaces de máxima universalidad.

En la simplicidad de la pintura abstracta está su máxima apertura, en el protagonismo y uso de los colores primarios —azul, rojo y amarillo—, junto con el blanco, negro y gris, la luminosidad más diáfana. Eminentemente depurada e intelectual, esta corriente artística exige mucho del contemplador; la aparente facilidad de sus trazos y composiciones puede constituir la trampa del intelecto que se acerque a ella de manera convencional.

Como elemento fundamental y autónomo en la pintura abstracta, el color acostumbra a tener un significado. Kandinsky, Mondrian, Klee, trataron los colores como timbres instrumentales, como notas que en el cuadro transmiten una composición musical para la vista. La pintura, al devenir música cromática, se desmaterializa, haciéndose un arte más puro. En las vanguardias rusas, a las que pertenece Malevich, el color posee un valor estético autónomo y protagonista. Para Malevich, el blanco significa realidad. Puede sorprender que un cuadro tan vacío como «*Cuadrado blanco sobre fondo blanco*» quiera significar realidad; sin embargo, ése es su acierto. Realidad, como también ser, verdad, bien, es un transcendental, pura forma sin contenido. Los contenidos reales son reales, pero no son «la realidad», sino una tal o cual realidad. Malevich habría logrado plasmar pictóricamente la transcendentalidad filosófica; el blanco es el no-color al que remiten los colores como a un origen. Ciertamente, puede replicarse que el cuadro no está vacío, ya

que destaca en él un cuadrado inclinado. Dicho cuadrado es blanco como el fondo; además, como el formato de la obra es cuadrado, también al igual que el fondo, es cuadrado. Sucede que hay dos cuadrados blancos: el del fondo y el inscrito. Ahora bien, el inscrito es menor y está inclinado. Si Malevich quiso pintar la realidad del cuadro real, la realidad de la pintura o su esencia, quedaría por dilucidar el porqué de su inclinación. Acaso el pintor se propuso mostrar que todo el hacer real de la pintura es construcción en la realidad, pero nunca construcción de la realidad misma, la cual ni se deja alcanzar ni representar. Acaso, mejor, antes de proponérselo el autor, fue la realidad misma la que se impuso a Malevich. En cualquier caso, ese cuadrado blanco, menor e inclinado, mostraría toda la historia de la pintura, la ya venida y la por venir, navegando como a la deriva en la incommensurable y misteriosa realidad, belleza, verdad, bien o ser.

Bibliografía

–HEIDEGGER, M., «*La cosa*», en *Conferencias y artículos*. Trad. de E. Barjau. Barcelona, ed. del Serbal, 1994, pp.143–159

* * *

Isabel Aísa
Dpto. de Metafísica y C.A.F., Ética y F.P.
C/ Camilo José Cela s/n
41018 Sevilla
E-mail: assya@us.es